

nia en su palacio, objetos todos que representaba una fortuna inmensa, y quedándose con su hijo, envió á Blanca á realizar su dorado sueño.

Puso en libertad á varios cautivos para que la acompañaran, y algun tiempo despues corrió en Lisboa la noticia de que la hija del célebre marino Vasconcellos habia llegado con un rico tesoro.

Se dijo que su padre y ella habian sido cautivados, que más tarde habian podido escaparse á las posesiones que tenia Portugal en Africa, que allí se habia enriquecido Vasconcellos, y que al morir habia dejado á su hija infinitas riquezas, que llevaba á Lisboa para pasar en la opulencia el resto de sus días.

Blanca quiso ocultar á todo el mundo sus amores con Almanzor, y solo confió á fray Bartolomé la verdadera historia de su vida.

Esperaba de un momento á otro la llegada de su hijo, que le habia ofrecido ántes de partir que iría á reunirse con ella.

Pero necesitaba en Lisboa una persona de confianza que pudiese administrar sus intereses y convertir en oro aquellas ricas joyas que en tantos años habia atesorado Almanzor, y le habia dado para que con ellas deslumbrase en Lisboa á las mujeres más distinguidas de la corte.

Nadie mejor que Américo Vespucio para desempeñar el cargo de mayordomo, secretario y agente de Blanca.

Fray Bartolomé pensó en él, y le propuso á Blanca.

La proposición fué aceptada.

## CAPITULO LXXVI.

### Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.



MÉRICO Vespucio entró al servicio de Blanca y simpatizó tanto con ella, que no tardó en confiarle una gran parte de sus proyectos para que le secundase.

Ignoraba aún el jóven la importancia del tesoro que poseia su ama; pero de todos modos se prometía encontrar en su generosidad la base de la fortuna que necesitaba para cumplir la promesa que habia hecho á su hija.

Aún no hacia un mes que estaba al servicio de la esposa de Almanzor, cuando llegó Isabel á Lisboa, le buscó y le anunció la desaparicion de su hija.

Esta noticia le consternó.

En cierto modo no necesitaba ya asegurar el porvenir de Esperanza, porque habiéndosela llevado en su compañía don Alfonso, habiendo descubierto la verdad, claro era que la dispensaria la proteccion que desde el principio se habia propuesto ofrecerla y la dejaria todos sus bienes al morir.

Pero le indignaba que su hija debiese el bienestar á aquel hombre; le indignaba más aún que hubiera podido arrebatársela, y en vez de desistir de su empeño, se propuso adquirir lo más pronto posible los medios eficaces para sacar á su hija del poder de don Alfonso, y llevar á cabo sus anteriores proyectos.

Isabel regresó á España, como saben mis lectores, apénas supo por Américo Vespuccio los proyectos de Fonseca y de los enemigos de Colon, y poco despues, habiéndole confiado Blanca, por estar ya segura de su completa fidelidad, que esperaba á su hijo, y que estando resuelta á no volver al lado de su esposo queria vender las ricas joyas que tenia para emplear en tierras ó en otros bienes el importe de aquellas inútiles alhajas, le encomendó que partiese con ellas à venderlas á Italia, Francia ó España.

Bajo la seguridad de su buena fe, no tuvo inconveniente en entregarle joyas por valor de muchos ducados.

El viaje debia durar dos meses á lo sumo.

— Si en este tiempo muero, le dijo en presencia de fray Bartolomé, entregad el importe de las joyas á este venerable sacerdote, porque él sabrá dónde está mi hijo y hará llegar á sus manos la herencia de su madre.

Un mal pensamiento se apoderó de Américo Vespuccio.

Al contemplar las joyas que debia ir á vender al extranjero, la fiebre se apoderó de él.

Con el producto de aquellas alhajas podia realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo iba á cometer una felonía, y jamas habia cruzado por su imaginacion la idea de ser criminal de aquel modo.

Sin embargo, creyó poder dominarse y aceptó el encargo.

Partió en un buque con el carácter de mercader y fué directamente á Génova.

Pensaba realizar en Italia aquellas ricas joyas, vendiéndolas á los más principales señores.

Vendió, en efecto, muchas en las grandes poblaciones que recorrió; pasó á Francia, pero su viaje tuvo que prolongarse mucho más de lo que habia proyectado.

Las comunicaciones eran muy tardías, y anunciaba en todas sus cartas la dificultad que encontraba para vender joyas de tanto precio, y su resolucion de no volver hasta haberlas realizado todas, á no ser que le diesen órdenes contrarias.

Aunque anunció al llegar á Francia el punto donde podria dirigirle su ama las órdenes que creyera oportunas, permaneció muchos meses sin saber nada de él ni del magnífico tesoro que le habia confiado.

La calentura no le abandonaba.

Desde el momento en que salió de Lisboa vivia en una continua lucha.

— ¡Si habrá muerto mi ama? se decia. ¿Si tambien habrá sucumbido su hijo? Pero en este caso, fray Bartolomé, que era su confidente, me habria escrito comunicándome su última voluntad.

Permaneció perplejo algun tiempo más, y al cabo de él recibió una carta de fray Bartolomé, cuyo contenido voy á trasladar.

Deciale el venerable prior que doña Blanca habia tenido que partir precipitadamente á la costa de Berbería, y que le habia encargado que al regreso de Américo recogiese el producto de la venta de las alhajas y lo guardase hasta su vuelta.

Aquel precipitado viaje de Blanca habia sido motivado por la llegada de un cautivo, á quien Almanzor habia puesto en libertad, el cual se habia comprometido á buscar á Blanca para entregarla una carta de su hijo.

En esta carta le decia el jóven que su padre se moria, y ántes de espirar deseaba ver á su esposa para despedirse de ella.

El jóven no podia escaparse del autor de sus dias en aquella situacion sin cometer una infamia.

Blanca partió, pues, á dar el último adios á su esposo, y

confiando siempre en la honradez de Américo Vespucio, se prometió volver con su hijo á disfrutar en su compañía del producto de aquellas ricas joyas.

No tardó Blanca en realizar su proyecto.

Almanzor espiró en sus brazos, y con nuevas alhajas y monedas partió Blanca en compañía de su hijo, encaminándose á Lisboa.

Al mes de su llegada recibió una carta de Américo, en la que le avisaba que se ponía en camino para Lisboa.

Lo que había luchado Américo en aquel tiempo, no puede describirse.

Al temor de que en los viajes pudieran salir á su encuentro los salteadores y desbalijarle, unía el deseo de utilizar aquella fortuna en su beneficio, con ánimo de emplearla en empresas lucrativas que pudieran facilitarle los medios de devolverla, dejándole, cuando ménos, lo suficiente para alcanzar con nuevas negociaciones la realizacion de sus deseos, y otras, jugando el todo por el todo, decidiéndole á cometer un robo.

Pero siempre triunfaba su gratitud, su rectitud, su honradez, y al llegar á Lisboa para entregar á Blanca una cantidad superior á la en que ántes de su salida se habian valuado las joyas, preferia el triunfo de su virtud al bastardo logro de sus fines.

Este comportamiento le hacia acreedor á un premio, y Blanca le otorgó el galardón que merecia.

—Me habeis dado la mayor prueba de lealtad y de honradez que puede esperarse de un hombre, le dijo, y quiero á mi vez demostraros que no soy ingrata. Decidme cuáles son vuestras aspiraciones, porque segun me ha indicado fray Bartolomé, teneis que cumplir en el mundo una misión importante, y si pudiera facilitaros los medios de cumplirla, experimentaria una verdadera satisfaccion.

Américo reveló su secreto á Blanca.

Por entónces llegó á sus manos una carta de uno de los agentes de Fonseca, en la que le decia que podia volver á España, porque se habia levantado el destierro á los demas y era allí necesaria su presencia.

Américo Vespucio era, ademas de un hombre de corazon, un hombre de inteligencia y actividad.

El comercio, la navegacion le entusiasmaban, y se habia dicho muchas veces:

—Si yo encontrara medios de fletar un buque para hacer descubrimientos, sacaria más partido que Colon de mi suerte.

En aquellos momentos ignoraba que más tarde, cuando realizase sus proyectos, habia de tomar su nombre aquella rica y vírgen parte del mundo, en donde el primer europeo que habia colocado su planta habia sido Colon.

—Confíadme, señora, dijo á Blanca, en calidad de préstamo ocho ó diez mil escudos; con ellos llevaré á cabo una empresa que he proyectado, y yo os ofrezco devolveros esa cantidad ántes de diez años, quedando siempre en mi alma la más profunda gratitud por tan señalado beneficio.

Blanca accedió á sus deseos, y le entregó la consabida cantidad, relevándole del pago de ella si sus empresas salian mal.

Partió entónces Américo de Lisboa, y se dirigió á Sevilla.

La factoría del duque de Médicis estaba poco ménos que abandonada.

Conocia los negocios, y aun en pequeña escala, su actividad y su talento le hicieron duplicar su fortuna en breve tiempo.

Pudo adquirir un navío mercante, le envió á las Indias, y los productos de aquel viaje le enriquecieron de tal modo, que pudo ántes de un año devolver á Blanca los diez mil escudos que le habia prestado y aparecer en Sevilla como uno de los mercaderes más afortunados.

Gozaba en sus medros el obispo Fonseca, porque sabia cuáles eran sus aspiraciones, y estaba muy resuelto á apoyarlas, en la seguridad de que con ellas mermaria la reputacion del almirante.

—Es un audaz marino, se habia dicho Fonseca; intenta, imitando á Colon, emprender un viaje de descubrimientos, y si le favorece la suerte, pronto se eclipsará la estrella del conquistador de la Española. El mundo es así; el astro que aparece eclipsa el brillo del que lucia ántes que él en el espacio.

La llegada de Ojeda á España le animó más y más en este proyecto.

Ojeda era un capitán valiente, arrojado, ambicioso de gloria.

Por alcanzar triunfos más insignificantes que el que obtendria siendo émulo de Colon, habia expuesto su vida muchas veces.

Apénas llegó á España, celebró con él una entrevista, despertó su amor propio, y como ya de antemano habia obtenido de los reyes una cédula permitiendo á todos los que fletasen por su cuenta buques, con ciertas condiciones útiles para el tesoro, emprender viajes de exploracion, puso de acuerdo á Ojeda y á Américo Vespucio, les facilitó las últimas noticias que habia enviado Colon, los descubrimientos del Golfo de Pária, y las perlas que tambien habia enviado el almirante, mandó sacar copia de los mapas, se los entregó, y con estos elementos no vaciló Américo Vespucio en arriesgar toda su fortuna y su crédito en aquella obra.

Firmó, pues, un acto con Ojeda, comprometiéndose á tener dispuestos cuatro buques á principios de Mayo de 1499 para emprender un viaje de descubrimientos, estipulando las bases de aquella empresa.

Ebrio de gozo Américo porque se realizaban sus designios,

porque veia próximo el dia en que podria presentarse á reclamar á su hija y ofrecerla una fortuna superior á la que abandonaba, emprendió la expedicion con verdadero entusiasmo, olvidándose de que iba á hollar los derechos del almirante, y de que siendo su compatriota y habiendo sido su protector, iba á llenar de amargura los últimos dias de la vida de aquel gran hombre.

Los buques se pusieron en camino, siguieron el Golfo de Pária, como he indicado ya, con bastante buen éxito, y tocaron en la costa de la Española para reponerse y adquirir provisiones.

Veamos ahora cuál fué la determinacion que tomó Roldán al saber el objeto del viaje de Ojeda y Américo Vespucio, y el poco prestigio que tenia ya en la corte el almirante.

## CAPITULO LXXVII.

## Intrigas.

**M**ORANDO en secreto su amargura, aguardó Colon á que Ojeda cumpliera su promesa para saber á qué atenerse de un manera clara y terminante.

Pero su promesa habia sido un pretextó para evitar las complicaciones que hubiera podido suscitar el carácter intrigante y audaz de Francisco Roldan, y en vez de encaminarse á Santo Domingo cuando tuvo provisiones y mejoró el estado de sus buques, se encaminó á la costa de Xaragua, en donde desembarcó, siendo recibido con entusiasmo por los españoles.

Entre los que guarnecian aquel departamento se hallaban muchos de los rebeldes que estaban descontentos de Roldan porque les habia abandonado y que al saber el viaje de Ojeda descubrieron en él un nuevo caudillo con más elementos que los anteriores para conducirlos al triunfo, y le aclamaron, asegurándole que le obedecerian en todo y por todo, siempre que tomase á su cargo su defensa, los librase de la tiranía del almirante, se apoderase del mando y escribiese á los reyes anunciándoles que habia tenido necesidad de adoptar aquellas medidas extremas para salvar el conflicto que amenazaba á la colonia.

Protegido Ojeda por Fonseca, que influia poderosamente en el ánimo del rey; enferma de gravedad la reina, que era

la única protectora leal y desinteresada de Colon; menguado en gran manera el prestigio que éste habia disfrutado en el ánimo de los reyes y en la opinion pública de España, creyó que aquel era el momento de arrebatarse de las manos de Colon las riendas del gobierno y de erigirse en jefe y árbitro de la colonia; y acogiendo la proposicion de los colonos de Xaragua, les ofreció ponerse al frente de ellos y encaminarse á Santo Domingo para que el almirante les hiciese justicia y les pagase sus salarios al punto, so pena de arrojarle de la isla y llevarle á España para que se defendiese de los cargos que todos formularian contra él.

Esta resolucion no produjo el mismo efecto en todos los que la oyeron.

Los unos aclamaron á Ojeda, asegurando que era su salvador.

Los otros se opusieron á concederle tan amplias facultades.

Disputaron unos y otros; de las palabras se fueron á las manos, y hubo una lucha violenta, que dió lugar á la muerte de algunos, y en la que no pocos quedaron fuera de combate.

Pero transigieron los rebeldes, y se adoptó el proyecto de ir con Ojeda á Santo Domingo á pedir cuentas de su conducta al almirante.

En aquellos momentos llegó Roldan á las cercanías del sitio donde tenia lugar la conferencia de Ojeda con algunos hombres resueltos, á quienes habia enviado el almirante á sus órdenes para que observasen á Ojeda.

Roldan, de acuerdo con su camarada Diego de Escobar, llegó á Xaragua.

Ocurrió un incidente que merece referirse, porque es una prueba del porvenir que tienen siempre los traidores.

Los partidarios de Colon, que más tarde se rebelaron contra él, convencidos de que Roldan prestaba un sincero apoyo

al almirante y de que no podrian contar con él para que intentase una nueva insurreccion, resolvieron tenderle un lazo y obligarle á que de grado ó fuerza secundase sus intenciones.

No faltó quien anunciara á Ojeda la proximidad de Roldan y Escobar, y por evitar una lucha que podria comprometerle, cediendo á los consejos de Américo Vespucio, se retiró á las carabelas.

Roldan escribió una carta á Ojeda, reprobando su conducta y pidiéndole en nombre del almirante que desembarcase para entrar con él en negociaciones que pusieran término á las diferencias que existian en la isla con motivo de su llegada.

Ojeda no contestó siquiera á esta proposicion, y ántes al contrario, sorprendiendo dos veces los destacamentos que para recorrer la costa enviaba Roldan, se apoderó de dos de sus soldados más valientes.

A partir de aquel momento, comenzó una lucha entre Roldan y Ojeda más de astucia que de otro género.

Ojeda avanzó doce leguas hácia el Norte en sus buques, y Roldan le siguió por tierra con sus tropas.

No hallando medio de conferenciar con Ojeda, envió á su amigo Escobar en una canoa hasta el buque para que le dijese que toda vez que no queria bajar á tierra, Roldan iria á verle á bordo siempre que le enviase el bote.

Accedió á sus deseos, y le envió una lancha para que Roldan se trasladase en ella á su carabela.

—¿Cuánta gente puede acompañarme? preguntó Roldan.

—Nos han dado orden, dijeron los marinos, de no dejar entrar en la lancha más que á cinco ó seis hombres.

El bote estaba á alguna distancia de la orilla, y Diego Escobar con cuatro hombres, llegó á tierra con el agua á la cintura.

Los marineros no quisieron permitirle la entrada de más hombres en la lancha.

Pero Roldan dispuso, para no mojarse, que le condujesen en hombros sus soldados, y de este modo logró elevar el número de su fuerza á ocho hombres.

Apénas entró en el bote, mandó á los marineros que remasen en direccion de la orilla.

Negáronse á cumplir esta orden, y los compañeros de Roldan, que estaban prevenidos, desenvainando las espadas, hicieron á muchos, haciéndoles á todos prisioneros.

Roldan habia logrado su objeto.

La carabela de Ojeda necesitaba el bote, y estaba seguro de que su capitán haria algun sacrificio por recuperarlo.

En este caso, podia entrar en negociaciones.

En efecto: Ojeda, deseoso de recuperar el bote, con cuatro marineros y un soldado llegó á tierra y celebró una entrevista con Roldan.

Despues de conferenciar, aunque á larga distancia uno de otro, establecieron las bases de una capitulacion; obtuvo Roldan la libertad de los prisioneros, y Ojeda se alejó, no sin anunciar ántes que volveria pronto con nuevas fuerzas á castigar la estratagema de que habia sido víctima.

No las tenia Roldan todas consigo.

Dudaba de que hubiera partido Ojeda, puesto que le atribuía intenciones de apoderarse de la jefatura de la isla, y le confirmó en sus sospechas la noticia que recibió de que habia desembarcado en la costa, aunque á bastante distancia.

Despachó Roldan gentes en su persecucion; pero llegaron tarde, y tuvo que renunciar á perseguirle.

De cualquier modo, aquella insignificante campaña entusiasmaba á Roldan.

Podia decir muy alto que habia prestado un gran servicio,

no sólo al almirante, sino á los reyes de Castilla, evitando un conflicto, toda vez que si Alonso de Ojeda habia ido á aquellas costas habia sido con intencion de dominarlas y subyugarlas para siempre.

Pidió permiso al almirante para regresar á Santo Domingo; Colon, que deseaba contemporizar con él, le escribió, dándole gracias por el celo que habia desplegado en la defensa de sus derechos; pero al mismo tiempo le decia que permaneciese en Xaragua, porque era fácil que Ojeda estuviese acechando su marcha para volver de nuevo á la costa y apoderarse de la isla.

A pesar de que esta orden le contrariaba, se resolvió á obedecerla, porque entónces le convenia ganar terreno en el ánimo de Colon, á fin de que le perdonase su pasado.

Pero no tardó en estallar una nueva insurreccion entre los colonos.

Adrian de Mogica, uno de los jefes de los rebeldes, prendado tambien de la hermosura de Anacaona, se habia valido de la astucia para hacerla salir de la caverna donde se habia refugiado cerca de Biautex.

Para conseguirlo le habia hablado de este modo:

—Higuanamota, tu hija, ha partido á España con Hernando de Guevara; su alegría va á ser inmensa al encontrar allí á Caonabo, colmado de honores por los reyes; pero el valeroso cacique sentirá en extremo no ver allí á su esposa. Yo he admirado siempre la energía de tu carácter, el amor que profesas á Caonabo, é interesado por tí, vengo á hacerte una proposicion.

Anacaona le escuchó atentamente.

—Aquí estás sola, añadió Mogica; los seres más queridos de tu corazon han ido á España: yo debo salir muy en breve en un buque, y puedo llevarte en mi compañía.

—¿Y he de dejar á mi patria, y he de abandonar á mis va-

sallos, cuando todos sus grandes caciques gimen bajo el peso de las cadenas?

—Y qué, ¿no te perdonarán y te agradecerán esta desercion cuando vuelvas con tu esposo Caonabo á ser soberana por orden de los reyes de España?

Ademas, tu hija y tu esposo te llaman allí; no pierdas esta ocasion; y si aceptas, guarda el mayor secreto, porque el almirante no quiere que abandones la isla.

Anacaona parecia decidida á aceptar la proposicion.

Este queria tenderla un lazo.

—Tengo orden, le dijo, de encaminarme á la costa de Xaragua para embarcarme allí en una carabela que enviará el almirante. Vuelve á tu palacio: allí combinarás los medios de partir, y no tengas miedo; Roldan, tu perseguidor, está muy léjos, y yo no me apartaré de tu lado.

Anacaona cayó en la red y volvió á Xaragua.

El taimado Mogica continuó viéndola á menudo, sin manifestarla los verdaderos deseos que le inspiraba su hermosura.

Ocultaba su presa á las miradas de todo el mundo, para poder alcanzar su triunfo con más seguridad.

No faltó sin embargo, quien anunció á Roldan los medios de que se habia valido Mogica para subyugar á Anacaona.

Roldan, que no habia olvidado la pasion que habia despertado en él la reina de Xaragua, se preparó á combatir con su camarada para arrebatársela de sus manos y satisfacer su pasion.

Este deseo estaba llamado á producir nuevos conflictos en la colonia.